

TEORÍA POÉTICA DE A. PEREIRA

La teoría poética de Antonio Pereira, quien, rememorando el *Eclesiastés*, asevera que los escritores «por lo general son más desdichados que el común de los vecinos», porque «Quien añade conocimiento añade dolor,»¹ se condensa fundamentalmente en una serie de entrevistas y en su propia obra, bien específicamente literaria, bien artículos periodísticos, como de forma puntual se irá dando a conocer.

Ésta es abarcadora de aspectos tales como el título, el poeta, la poesía, la inspiración, la rima, el estilo, el hombre como tema cardinal, la relación poeta-lector y poesía-narrativa, etc. Acerquémonos, pues, a cada de uno de ellos.

En poesía, precisamente, expresó A. Pereira su pensamiento en torno a la titulación del poema, inclinándose por lo innecesario de ella, de acuerdo con los primeros versos del poema inicial de *Situaciones de ánimo*: «El poema no tiene que llamarse nada/ Si este poema tuviese que llamarse algo/ se llamaría la inocencia del poeta» (*Situaciones de ánimo*, 119), poema que consecuentemente carece de título, raro caso, por otra parte, de intitulación en su poesía², ya que mediante epígrafes o números a la cabecera de éstos suele distinguirlos con el fin de esclarecer al lector su unidad y orientarlo, ambientarlo en su contenido casi siempre. Pues, insistimos los títulos pereirianos actúan a modo de etiquetas identificativas del contenido. Valgan como muestra «El desterrado» (*El regreso*, 33)³; «Los regalos» (*El regreso*, 53); «El pequeño tren» (*El regreso*, 57); «Los míos» (*El regreso*, 61); «Los mozos» (*Del monte y los caminos*, 108); «La serranilla» (*Del monte y los caminos*, 111); «Ciudad de la tristura» (*Situaciones de ánimo*, 122); «Del libro de la madre» (*Ibid.*); «Carta a González Alegre» (*Cancionero de Sagres*, 150); «Fado de la limpiadora» (*Cancionero de Sagres*, 170); «Yo tengo antecedentes, recuerdo de mi infancia» (*Dibujo de figura*, 225); o éstos de *Antología de la seda y el hierro*: «Pareja de niñas cómplices» (34); «Pablo creciendo. (Homenaje a Pablo Picasso)» (35); «Cautelas de la mirada» (82); o estos otros de *Una tarde a las ocho*: «Prescripciones del vino» y «Los pretendientes».

Con idéntico objetivo funciona a veces el título de todo un poemario, v.g., *Del monte y los caminos*, *Cancionero de Sagres* y *Memoria de Jean Moulin*. Ahora bien, ¿cómo explicar esta correspondencia, este mutuo acuerdo entre el título del poema y su contenido? El propio Pereira, en uno de sus artículos, nos ofrece la respuesta: «nunca conviene el desacuerdo entre lo que el título promete y lo que da, entre continente y contenido»⁴.

Prosiguiendo con el poema de *Situaciones de ánimo* del que ha arrancado el presente comentario, percatémonos de que en él se pregonaba la inocencia del poeta, ser que subyace en todo poema, o mejor dicho, «el autor transformado para el acto de la comunicación poética» que anuncia Lázaro Carreter⁵. Pues bien, el poeta es a los ojos de Pereira un hombre bueno, inocente, que intenta comunicarnos, nos dirá en otro momento, aquello que siente o inventa: «... Si soy poeta, / puedo inventaros un país sin tiempo» (*El regreso*, 65; «Ciudad de los viejos»), de donde se desprende, de un lado, su poder casi omnipotente, y de otro, que la poesía, más que una técnica es, ante todo y sobre todo, comunicación de sentimientos, de estados de ánimo, idea que especificará mucho más en estas líneas: «Recabo para el poeta la libertad de expresar los diversos estados de ánimo: gente terca y dogmática hay demasiada en el mundo»⁶, lo que conlleva que defina la poesía así: «Sobre lo que sea la poesía, y también a expensas de acogerme a otras definiciones, elijo ahora mismo lo de *poesía = consolación*. Al decir de Ramón de las greguerías: un espacio para que no sean tan sórdidas las ocho de la noche»⁷; definición, por otra parte, con la que guarda estrecha vinculación el título del capítulo 111 de *Dibujo de figura*, «Consolación a Claudia». No obstante, once años después anunciará que definir la poesía es una «frivolidad». Veamos:

La poesía, el cuento, el amor, la muerte... Cuando un entrevistador te pide una definición de algo, lo que te pide es una ingeniosidad. Me parece una frivolidad ponerse a definir en unas palabras algo que todo el mundo entiende⁸.

En otro momento A. Pereira aludirá a la labor de condensación o síntesis que debe presidir todo poema. De manera que el poeta ha de recortar, de sugerir ante todo, porque «La poesía (...) hay que tener

en cuenta que es más síntesis que análisis»⁹. En dicha labor sintética puede, o no, intervenir cierta dosis de inspiración, concepto de dudosa creencia, por su parte:

Yo tengo mis dudas con respecto a la inspiración. Creo mucho en momentos especialmente favorables para la escritura, pero la inspiración entendida como un estado de levitación mística, de una situación en la que te sientes arrebatado, no la he sentido nunca o muy raras veces, y además no me duele haber carecido de esa experiencia porque francamente el escribir poemas al dictado de alguien o de algo tampoco me parece el ideal, prefiero escribir con el dolor y el dramatismo de mi propia dificultad y de mis propias limitaciones, mejor que recibiendo un soplo divino¹⁰.

Idea, la anterior, por otra parte, reiterada en bastantes ocasiones, como lo avalan los textos que vienen a continuación:

Admito, más bien que uno tenga mejores y peores momentos para la creación. Hay gente bondadosa (pero ingenua) que te lleva a su casa frente al mar o a la montaña y te dice: «Hala, aquí ya te puedes inspirar». Pues no. A riesgo de escandalizar a muchos beatos y beatas de la poesía, el poema puede nacer y madurar y lograrse en un lugar edénico, lo mismo que en el cuarto de baño. Con perdón¹¹.

Escribo poesía siempre que siento verdadera necesidad. Eso es, necesidad, que no es exactamente inspiración... Pueden ser poemas breves, casi fragmentos de un diario íntimo, a veces desmitificadores de la función del poeta: «la de veces que te habrás revestido / de medio pontifical / y a esperar / como si el lugar natural / del poema no fuese / el billete del autobús / o mejor / la servilleta del bar»¹².

La declaración última merece, además, una particular llamada de atención. Pues los versos en ella insertados, conformarían en adelante el poema «Desacralizado» (*Una tarde a las ocho*), cuyo título, como suele ocurrir en Pereira, nos previene de lo tratado: el poema, aparte de no ser algo hierático y, por consiguiente, no ser el poeta un «medio pontifical», éste, el poema, tiene su «lugar natural» en cosas tan anodinas como «el billete del autobús» o la «servilleta del bar».

En resumen, Pereira confiesa que no tiene demasiado claro el asunto de la inspiración, al menos como situación de arrebató, pero en cualquier caso considera que el poema es fruto del esfuerzo, del trabajo, del «dramatismo» personal. En consecuencia, el poeta no debe considerarse emparentado con la divinidad. De donde se sigue que cualquier lugar es propicio para escribir un poema, un buen poema.

Por lo que hace a la rima, el autor que ha recurrido a ella en diversos momentos, siendo capital en casi todos los poemas inéditos y los poemas desconocidos que se incorporan al final de esta investigación (Addenda I), bastante importante en los poemarios *El regreso*, *Del monte y los caminos* y *Cancionero de Sagres*, y por contra, escasamente decisiva en *Dibujo de figura*, nada en *Antología de la seda y el hierro*¹³ y los poemas de la última hornada, es decir los constitutivos de *Una tarde a las ocho*, admite con todo acierto, que, en ocasiones, esclaviza:

El yugo de la rima me parece a veces muy duro. Por ejemplo: Cuando San Francisco, por haber nacido en Asís ha de tener el corazón de lis.¹⁴

En cuanto al estilo, Pereira prefiere improvisar. O sea, no fijar una estructura previa:

No me fijo un determinado estilo a la hora de escribir, porque el experimentalismo por sí mismo no me interesa, sin embargo, suelo estar atento y alerta a todas las innovaciones que permite la técnica¹⁵.

Tampoco es metódico a la hora de escribir, a pesar de serlo en la búsqueda del tema. He aquí su confesión:

Soy metódico en cuanto a perseguir el tema, a pensarlo. A veces, cuando estoy colmado de la narración, del poema o lo que sea, puedo ser anárquico y en cualquier sitio o en cualquier hora aprovecho la situación para escribir¹⁶.

Atendiendo con más detalle a lo declarado por el poeta en su propia poesía se caerá en la cuenta de que lo decisivo para él es el hombre, fenómeno que se estudiará exhaustivamente en «Tematología», pero que ya ahora ha de adelantarse por cuanto cae también dentro del ámbito de la poética. En efecto, en «Biografía», poema circunscrito en *Cancionero de Sagres* se pregona cómo el poeta se inicia cantando bellezas superficiales o formales para desembocar en el canto total: el hombre. Fijemos la mirada en los versos que anuncian a esos poetas portugueses nacidos «en feligresías apartadas» que

Luego van a Coimbra y una imprenta
compone su saudade personal:
la ceniza del mirto,
el otoño del Távora,
las islas de la bruma,
las alas de los sueños,
el alma de los árboles,
el libro de las mágoas, la sombra azul del humo.
... Hasta un día en que tocan con la mano
el pecho de otro hombre,
tan duro y contrincante de la niebla,
y es una chispa roja lo que salta,
la poesía
necesaria. (158)

También podrá concluirse que todo lector posee siempre un conocimiento relativo o parcial de la obra poética, dado que nunca salen a la luz todos los versos. Pues

POR¹⁷ cada verso que os he dado en limpio
otros sin culpa acaso se han quedado
en el cajón que crece hacia el olvido.
(DIBUJO DE FIGURA, 206; «Por cada verso que os he dado en limpio»)

Antes se ha apuntado la idea de que para Pereira la poesía era expresión de sentimientos y «síntesis más que análisis», pues bien, con anterioridad se había explicado en parecidos términos al significar que era «emoción» más que «información»: «hay que tener en cuenta que es un género literario en que más que la información, lo que debe haber es emoción, tratar de emocionar más que de informar»¹⁸. Esto nos demuestra, de una parte, que Pereira es un poeta de ideas persistentes en su trayectoria, y de otra justifica el que la poesía se nutra del misterio como había adelantado mucho antes, en 1970: «-no olvidemos que la poesía se sustenta en el misterio-»¹⁹, pensamiento el último que parece entrar en contradicción con lo sostenido en 1973: «Comportando la poesía, por lo común, una confesión personal, se averigua en ella por donde va la vida»²⁰. Y decimos «parece» adrede, porque no hay tal contradicción, ya que esa confesión personal supone una contemplación real de la vida, la cual a su vez es tremendamente misteriosa, inexplicable en cantidad de ocasiones.

Sin embargo, para dar una visión lo más completa posible de la teoría poética del escritor del «Barrio del Otro Lado» hemos de hacer mención a otro punto que ha ocupado su atención, la relación entre poeta y lector. Al respecto señala que entre ambos se da una mutua anuencia, de forma que el lector otorga su credulidad a las palabras del poeta:

La relación entre el lector y el poeta se basa en un pacto: el poeta inventa y el lector se compromete a «la suspensión momentánea de la incredulidad». (Lo entrecomillado es de Coleridge). Alguien dijo un día: «El mar es una balsa de aceite». El oyente aceptó libremente la visión y no importa que después regresara a la certeza de que el mar es agua. La poesía había estado allí²¹.

La verdad es que dicha anuencia o complicidad constituye la gran preocupación a su vez del Pereira narrador, quien lo ha confesado en reiteradas ocasiones, bien directamente como ahora:

El problema principal que se me plantea al escribir una narración es asegurarme el pacto con el lector, es decir, la complicidad del lector en el sentido de que va a favorecerme suspendiendo momentáneamente su incredulidad²².

O bien por boca de un innominado narrador, como sucede en las siguientes líneas, pertenecientes al relato «El apodo»:

Un buen argumento para un cuento, sí señor. Lo que servidor no haría nunca es decir esa palabra, mejor dejarla a la complicitad del hipócrita lector, (LAS CIUDADES DE PONIENTE, 127)²³.

Y sin dejar todavía el asunto del lector, hay que resaltar que el lector que le interesa es el individual, Lo ha dicho de esta manera:

No pienso en la masa de posibles compradores, sino en el lector individual. Cuando escribo, siento como si ese lector individual estuviera sentado cerca de mí. Sobre todo lo siento cuando escribo cuentos. Cuando uno escribe una novela, es más altivo, piensa que se dirige a un gran número de lectores. La característica del cuento -al menos del tipo que yo escribo- requiere un lector confidente²⁴.

Lo expuesto hasta aquí evidencia una relación entre poesía y narrativa, relación que el autor justifica siempre, otorgando una primacía a la poesía. ¿Qué decir, si no, de la presente declaración, referida a sus cuentos y novelas?: «la disciplina del verso me ha proporcionado el valor de la economía verbal, de la palabra sugerente»²⁵. ¿O de esta otra?:

Creo que ni una línea he escrito sin voluntad de poesía. Lo mismo si el texto va todo seguido -a eso se le llama prosa- que si cortado en versos, medidos o caprichosos²⁶.

En efecto, la poesía, con decidida inclinación por la poesía lírica, es la modalidad literaria por él preferida. He aquí sus palabras sobre tal punto en dos momentos muy distantes, circunstancia que evidencia la firmeza de su predilección:

Si a mí me fuera dado elegir, sería siempre un poeta lírico. Cuanto más lírico, mejor. Y expresándome siempre en verso. No obstante, se me aparecen con gran frecuencia invitaciones e incitaciones de asuntos que no pueden ser expresados en verso por mucho que el verso haya evolucionado hacia formas de lenguaje coloquial y prosaico. Entonces surge la narración en prosa, pero yo creo que siempre alimentada por una llama poética, de tal manera que cuando hago de narrador, procuro «contar», sin dejar de «cantar», sin que cese el «canto»²⁷.

A mí me gustaría ser considerado poeta antes, ahora y después porque me parece que la poesía es la expresión más acendrada del sentimiento a través de la literatura²⁸.

Aún debe formularse otra pregunta para conocer mejor su poética. Es la concerniente a la relación entre realidad y literatura. En tal sentido Antonio Pereira apuesta por un realismo, pero un realismo con unas connotaciones muy particulares, las cuales quedan recogidas en la siguiente declaración:

pienso que un realismo sin más resulta en el arte lo más alejado de la realidad, lo que pasa es que hay un realismo (...) inteligente, significativo, selectivo, que selecciona de la realidad las claves y los símbolos, ese es el realismo que a esta altura de mi producción me parece más aceptable. Sin llegar a una progresión hacia el realismo mágico, que, aun siendo un término muy gastado a mí me sigue interesando mucho²⁹.

Por último, el autor, que es partidario de la «mayor identidad posible» entre el poeta y su actuación en la vida, o lo que es igual, entre poesía y biografía, según ha desvelado a Carmen Bermúdez:

Con las debidas limitaciones y aun reconociendo que se pueden escribir excelentes poemas por quien en su comportamiento personal muestre su incoherencia, la verdad es que prefiero la fórmula de mayor identidad posible entre lo que uno es y lo que uno dice³⁰.

es sumamente escrupuloso con su obra. De manera que «maldice» a todo aquel que en algún momento pueda modificar o altere algo de ella, aunque sea para mejorarla. Lo dice así:

Hago mía la declaración de Juan Ramón Jiménez: «Malditos los que, en lo futuro, hagan de mi obra unos libros feos, sucios (...); los que no respeten mi orden y mi selección, los que los alteren en una coma voluntaria». Añado: Ni siquiera para mejorarlo. ¡Menos aún si es para mejorarlo!¹

Hasta aquí se ha pergeñado la poética de Antonio Pereira, quien en no lejanas fechas ha declarado ser más «exigente», incluso «impertinente», a la hora de escribir poemas, no descartar la novela y hallarse muy cómodo en el cuento, género de muy confusa frontera. Léanse las siguientes líneas del propio Pereira, «El hombre que escribe para que le quieran»:

escribo poemas, aunque en este terreno cada vez soy más exigente y hasta impertinente, conmigo mismo y con los demás; he trabajado y no descarto la novela; pero donde encuentro el mejor espacio para mi poética es el cuento. Soy consciente de que las fronteras del cuento con los otros géneros literarios son especialmente confusas, pero esto no me cohíbe, me estimula³².

¹ En la entrevista concedida a Pilar Salamanca. «Pereira: “el amor exalta la imaginación”». *Crónica 7* (Valladolid), (12-18, VI, 1989).

² Solamente he registrado otros dos en *Una tarde a las ocho*.

³ Título que para mayor luz se acoina paña de los versos de César Vallejo: «He almorzado solo ahora, y no he / tenido madre, ni súplica, ni sírvete, ni agua» (*El Regreso*, 33), pertenecientes al poema XXVIII de *Trilce*. Buenos Aires: Losada, 1973 (4^a), 48.

⁴ «Ponga usted el título, por favor». *La Vanguardia Española* (2-V-1969)

⁵ «El poema y el lector (el poema lírico como signo)», en *De poética y prácticas*. Madrid: Cátedra, 1990, 21. Entre otras cosas sépase que contrapone la figura del poeta a la del autor, «el hombre biografiado» (22), idea que comparto. De manera que cuando hable de autor, o de poeta lo haré en el sentido otorgado por él.

⁶ En declaraciones a José María Fernández, en «Antología comentada de la poesía leonesa». Cit. 40.

⁷ *Ibid.* Parte de dicha cita abrirá *Una tarde a las ocho*.

⁸ «Fragmentos, papeles, cosas». *Diario de León* (24-II-1994).

⁹ En la entrevista de Goya Lobato. «Antonio Pereira presenta su libro *La costa de los fuegos tardíos*». *Amanecer* (Zaragoza), (29-II-1974).

¹⁰ Lo ha dicho a Sonia Bardón en «¿Quién es?: Antonio Pereira». *Bierzo 7* (27-IV-1995).

¹¹ En la entrevista efectuada por Flor Orozco «Del cuento «Las peras de Dios», de Antonio Pereira, se va a hacer una adaptación cinematográfica». *Sur* (Málaga), (17-VIII-1983).

¹² *Vid.* Antonio Piedra. «Antonio Pereira, tina señal perdida». *El Norte de Castilla* (Valladolid), (4-II-1995).

¹³ Obviamente, me refiero a los inéditos.

¹⁴ En el citado «Fragmentos, papeles, cosas».

¹⁵ Pilar Ortega. «Antonio Pereira, de vendedor de bonibillas a escritor reconocido por la Real Academia Española». *Ya* (5-III-1989).

¹⁶ En la entrevista citada de M. A. Varela (43).

¹⁷ *Sic*

¹⁸ Cfr. la entrevista concedida a Ángeles Rubio «Anonio Pereira». *Bierzo 7* (6-12,II,1987).

¹⁹ En su artículo «La prensa copiadora». *La Vanguardia Española* (30-I-1970).

²⁰ «Las poetas, al ataque», *La Vanguardia Española* (24-X-1973).

²¹ En el citado «Fragmentos, papeles, cosas».

²² *Vid.* Santos Alonso. «Encuentro de narradores leoneses», *Ínsula*, 572-573 (VIII-IX,1994), 4.

²³ No se olvide, al respecto, que uno de sus libros lleva el significativo título de *Cuentos para lectores cómplices*.

²⁴ La declaración fue hecha dentro del marco de la citada tertulia moderada por Santos Alonso que reproduce *Insula* (5). Aunque lo aseverado se refiera al cuento, porque la tertulia iba dirigida a narradores, sin duda es válido para su poesía, ya que éste por su brevedad en general, y por su enorme capacidad de sugerencia en el caso particular de nuestro autor, es vecino fiel de la poesía.

²⁵ En la entrevista de Jaime Torcida «La voz del hombre de un país de transición». *Diario de León* (24,II,1994), Con análogas palabras sostendrá de nuevo dicha afirmación en el diálogo habido con Meliano Peraile. «Antonio Pereira con Meliano Peraile». *Boletín Inforinativo de la Asociación Colegial de Escritores*, 24,X,1994 y en la conversación con Miguel Angel Varela. «Se publica *Las ciudades de Poniente*, de Antonio Pereira». *La Comarca del Bierzo*, 36 (XI, 1994), si bien aquí agrega que en su poesía existen muchos elementos narrativos: «se cuentan cosas, además de cantarse» (39).

²⁶ *Ibid.* En múltiples ocasiones ha mantenido lo mismo. Por ejemplo, en el número de *Ínsula* recién nombrado y en el referido diálogo con Meliano Peraile.

²⁷ F. Pacho Reyero, «Las narraciones de Antonio Percira condicionadas por la poesía», *Diario de León* (14-IV-1967).

²⁸ Tal opinión figura en la antecitada entrevista de M. A. Varela, 41.

²⁹ *Vid.* la mencionada tertulia, 3.

³⁰ Cfr. «Estuvo con nosotros el poeta «Antonio Pereira». *El Ideal* (Granada. Edición Jaén), (16-XII-1972).

³¹ Declaraciones en el artículo recién citado «Fragmentos, papeles, cosas».

³² Dentro de la entrevista citada de Meliano Peraile. Por otro lado, debo anotar que el texto entrecorillado pertenece a Fulgencio Fernández, autor del artículo «Pereira si tiene quien le escriba» (*La Crónica 16 de León*, 28,XI,1995) en el cual saca a relucir afortunadamente este pensamiento del villafranquino, que ese mismo día, con el título «Escribir para que nos quieran», pronunciaba una conferencia en la Universidad de Navarra.